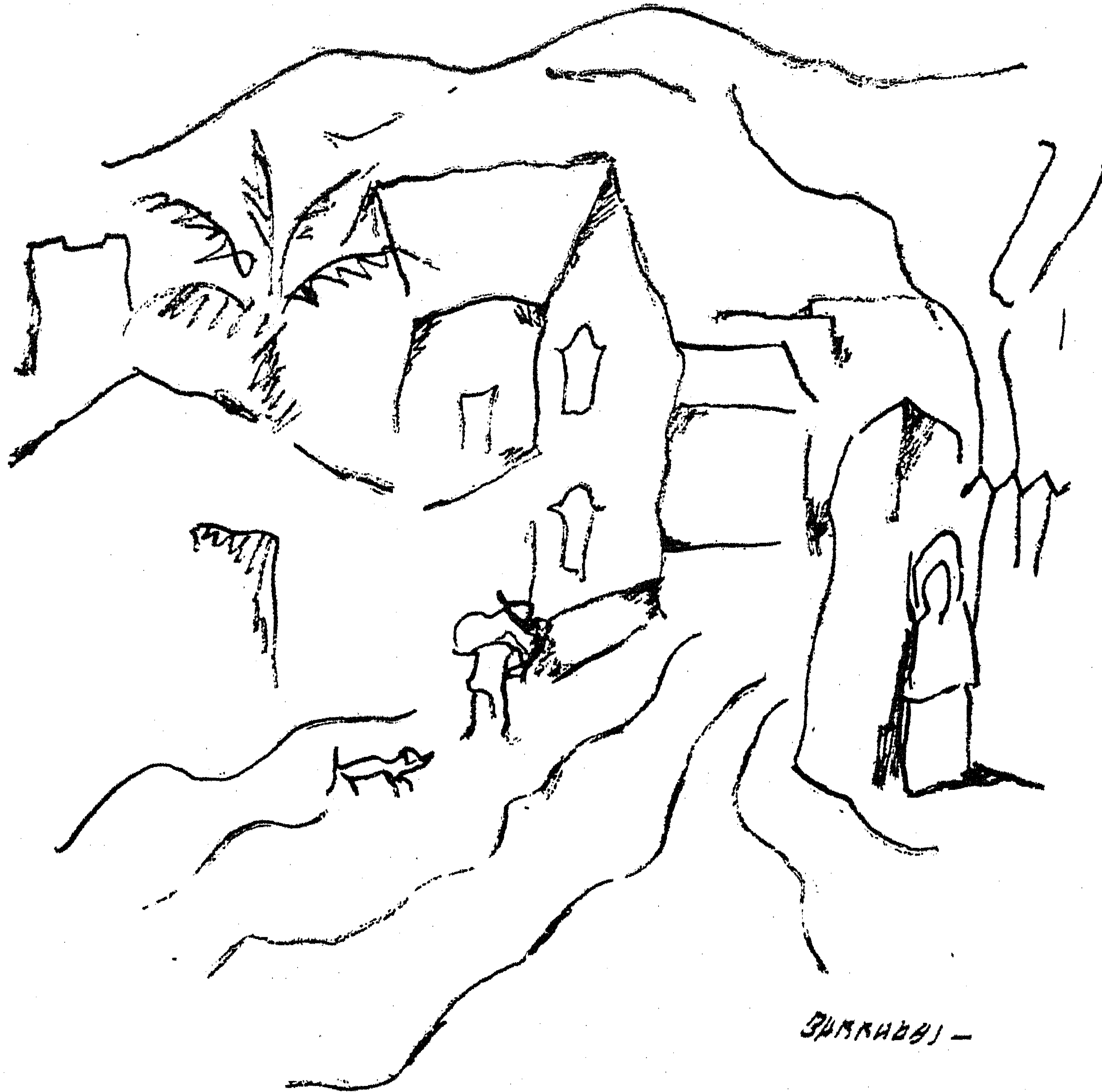


# TRES DIBUJOS DE BARRADAS



Publicamos tres dibujos inéditos de Rafael Barradas, nuestro gran pintor definitivamente reintegrado al país después de diez y seis años de dolorosas y gloriosas andanzas por tierras de Europa. La excepcional personalidad de pintor que hay en Barradas está ampliamente complementada por su alta calidad de dibujante. Estos que ofrecemos hoy a nuestros lectores, elegidos entre los de su última manera, pueden dar perfecta idea de hasta donde domina Barradas su difícil arte, en el que descuella a la par de los más altos ingenios contemporáneos. Encarrilado dentro de las modernas tendencias que libertando a la pintura de todo lo episódico, literario, detallista, tienden a una verdadera re-creación de lo real, hacia lo perfecto estéticamente considerado, Barradas extrae y recompone en los modelos y temas que lo inspiran las características sustanciales, arrancándoles su expresión palpitante, su lenguaje puro, su verdadera significación plástica.

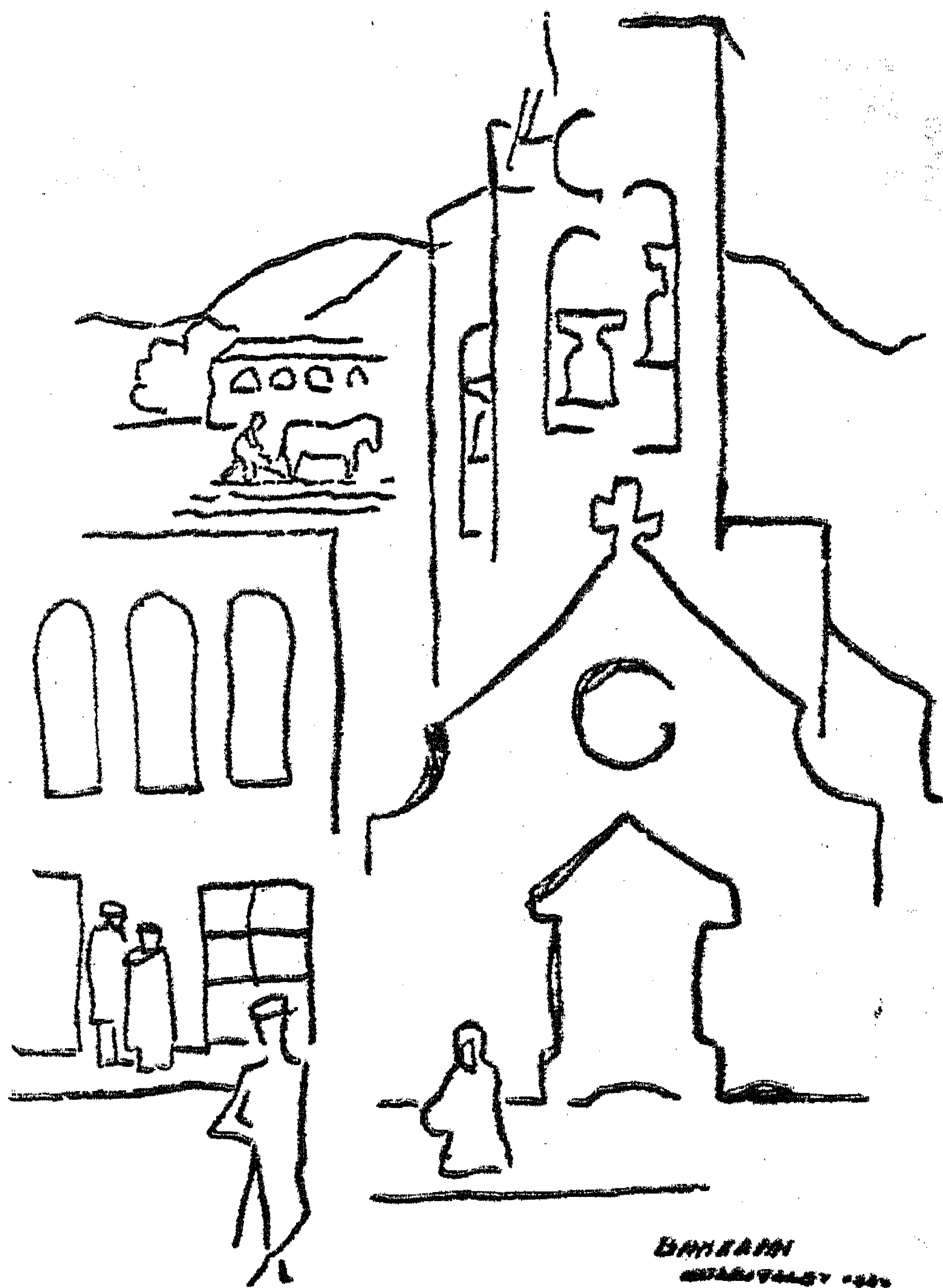
Estudiando la obra de Barradas a través de veinte años de continua e infatigable labor, a través de todos los ensayos a que lo impulsaron junto a la inquietud constante de su pensamiento la concurrencia de diversas influencias saludables e inevitables, podremos constatar que las orientaciones fundamentales de su obra no se han modificado en el curso de su vida. Lo cual ates-

tigua una auténtica y poderosa originalidad que graba con su sello inconfundible todo lo que sale de su mano mágica. Estos dibujos sobrios, compuestos por pocas líneas, productos de una estilización llevada a sus extremos lógicos, — ya que todos ellos son sólidas y armoniosas construcciones sin una debilidad ni una falla, — tienen un estrecho parentesco con aquellos dibujos de hace veinte años que sorprendieron y escandalizaron nuestro ambiente con la revelación de un temperamento independiente y desconcertante. Esa manera, tan personal y límpida, se fué perfeccionando por obra de la madurez ascensional y del trabajo alegre y sin reposo hasta llegar a lo que es. Barradas se encuentra en el peldaño más elevado de su evolución, en aquel desde el cual todos los esfuerzos, fracasos y triunfos del pasado se contemplan como etapas cumplidas y desbordadas. Si quisiera, no tendría necesidad de ir más allá; pero los que lo conocemos sabemos bien que no se conformará con eso. Incapaz de descansar sobre sus legítimos laureles, siempre exige más y más de sí mismo, en una especie de frenesí de creación y de perfección que es la cualidad máxima de los verdaderos artistas, en los cuales el orgullo de la obra por venir anula la fácil vanidad de la obra realizada.

Estos tres dibujos característicos no son tres fieles reproducciones de lo real, — figura o pai-

saje, — sino « estados de alma », como lo pedía Amiel. Partiendo de la realidad, el artista la idealiza con la preciosa contribución de su temperamento y de su maestría. En ese hombre sentado, emanación fuerte y lógica de la tierra aragonesa; en sus ojos sin pupilas que apesar de eso miran y ven; en el gesto de garra y piedra de sus manos pesadas de trabajo que descansan sobre sus anchas rodillas; en su pecho musculoso, en su boca sensual, en su cabeza de fino óvalo que emerge sin esfuerzo del pedestal de su cuello robusto y se termina en una boina que parece ser una prolongación natural de ella misma, hay, además de una técnica nueva — que ya de por sí sería mucho, — una original interpretación de la finalidad del Arte, una inapreciable ampliación de sus dominios y de sus conquistas.

Esa callejuela de aldea, retorcida y dubitante, a la que una casa cierra atrevidamente el paso; por la que transitan cansinas viejas beatas de sordo deslizar, viejos agobiados bajo crueles cargas y perros errabundos y husmeadores; flanqueada por mansiones irregulares y cándidas, cercos de piedra y de madera tras los cuales asoman sus verdes copas los árboles hogareños; calle de barro blando en el que se hunden las ruedas quejumbrosas de las carretas sin prisa, y que se detiene ante el primer obstáculo atemorizada por el monstruo que en forma de montaña le prohíbe el horizonte. Y esa plaza polvorienta de pueblo, con su vetusta iglesia siglo X o XII;



que está rumurosa y excepcional porque hay en ella hasta cuatro vecinos; con su iglesia modesta que eleva casi a dos palmos del suelo el campanario dentro del cual anidan grandes flores metálicas y sonoras; con el telón del campo lejano que llega hasta la plaza trayendo su ofrenda de fragancias silvestres, brisa de montañas y rumor de labranza, — todo eso está expresado en contadas líneas de firme surco, que dejan entre ellas espacios de indestructible solidez, que no están vacíos sino llenos de sustancia y de expresión, purificados de inútiles detalles que no harían más que entorpecer el claro ritmo de su arquitectura. Para llegar a tal simplicidad, para operar con tan reducidos elementos y lograr semejante resultado el artista ha de estar de vuelta desde mucho tiempo de todas las dificultades que pueden salirle al encuentro, dificultades que no pudiendo ser vencidas arrinconan a los dibujantes y pintores medíocres en el círculo dantesco de la impotencia y los condenan al vuelo bajo, a la imitación servil, a la copia vergonzante y estéril. Epoca es la nuestra de fecundos lirismos, de liberación del Arte de las preocupaciones diarias y comunes. Por eso el Arte es hoy un enigma para las multitudes que no atinan a estimar nada que se sustraiga a los reducidos límites de sus pequeños anhelos. Barradas ha permanecido siendo él mismo a través de todos los ambientes, mantenido por su llama interior, refractario a capitulaciones y debilidades, incapaz de entregar su primogenitura por un plato de lentejas. Y su premio es su obra que canta y cantará siempre su gloria con voz poderosa que no podrá silenciar el olvido.